

cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota, y me pusieron una carabina en la mano.

¿Para qué son tantas armas? Preguntaba yo muy espantado. ¿Para qué ha de ser, bestial! Decía el Aguilon, para que ofendas y te defiendas.

Pues nada haré seguramente, decía yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones, porque corro mas que una liebre; y así para mí todo es escusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable, me dijo muy enojado: vive Dios, bribon, cobarde, que si no montas á caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazón, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro al demonio si viniera en traje de caminante con dinero: se dieron por satisfechos: seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos; pero no sucedió segun lo pensaron.

## CAPITULO X.

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron en compañía de los ladrones, el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado y el principio de su conversión.

Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones ó para acrisolar al justo, ó para castigar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia que vela sobre la conservación de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los infenos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos á sorprender á los viandantes.

Serian las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venian los tres por delante con sus escopetas en las manos: luego seguian cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin ginetes: á seguida venian cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreces, que se conocia lo que era de léjos, á pesar de venir cubiertas las cargas con unas mangas azules, y por fin venian de retaguardia los tres mozos.

Luego que el Aguilucho los vió, se prometió la venganza y un buen despojo: y así nos hizo ocultar tras un repecho que hacia la loma en su falda, y nos dijo: ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor, y aprovechar un buen lance; porque sin duda son mercaderes que van á emplear á Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina. Lo que importa es no cortarse, sino acometerles con denuedo, asegurados en que la ventaja está por nosotros, pues somos cinco, y ellos son solo tres, que los mozos, gente alquilona y cobarde, no deben darnos cuidado. Tomarán correr á los primeros tiros; y así, tú, Perico, yo y el Pipilo les saldremos de frente en cuanto lleguen á buena distancia, quiero decir, á tiro de escopeta, y el Zurdo y el Chato les tomarán la retaguardia para llamarles la atención por detrás. Si se rinden de bueno á bueno, ya no hay mas que hacer que quitarles las armas, amarrarlos y traerlos á este cerro de

donde los dejaremos ir á la noche; pero si se resisten ó nos hacen fuego no hay que dar cuartel: todos mueran.

Tanto la vista de los enemigos que por instantes se acercaban, como la consideracion del riesgo que me amenazaba, me hacian temblar como un azogado sin poder disimular el miedo, de modo que mi temor se hizo sensible, porque como mis piernas temblaban tanto, hacian las cadenillas de las espuelas un sonécillo tan perceptible con los estribos, que llamó la atención del Aguilucho, quien advirtiéndome mi miedo, echando fuello por los ojos, me dijo: ¿qué estás temblando, sinvergüenza, amujerado? ¿Piensas que vas á resistir con un ejército de leones? ¿No adviertes, bribon, que son hombres como tú, y solos tres contra cinco? ¿No ves que no vas sólo sino con cuatro hombres, y muy hombres, que se van á exponer al mismo riesgo, y te sabrán defender como á las niñas de sus ojos? ¿Tan fácil es que tú perezcas y no alguno de nosotros? Y por fin, suponen que te dieron un balazo, y te mataron, ¿qué cosa nueva es esa? Has de morir de parto, collonote, ó te has de quedar en el mundo para dar fé de la venida del Autecristo? ¿Qué quieres, tener dinero, comer y vestir bien, y ensillar buenos caballos de flojon, encerrado entre vidrieras y sin ningun riesgo? Pues eso está verde, hermano: con algun riesgo se alquila la casa. Si me dices, como me has dicho, que has conocido ladrones que roban y pasean sin el menor peligro, te diré que es verdad; pero todos no pueden robar de igual modo. Unos roban militarmente, quiero decir,

en el campo y exponiendo el pellejo; y otros robaban cortesanamente, esto es, en las ciudades, paseando bien y sin exponerse á perder la vida; pero esto no todos lo consiguen, aunque los mas lo desean. Conque cuidado con las colloneras, porque te daré un balazo antes que vuelvas las ancas del caballo.

Asustado yo con tan áspera reprension y tan temida amenaza, le dije que no tenia miedo, y que si temblaba era de puro frio; que entraríamos al ataque y veria cual era mi valor. Dios lo haga, dijo el Aguilon, aunque lo dudo mucho.

En esto llegaron los caminantes á la distancia prefijada por el Aguilucho. Se desprendieron de nuestra compañía el Chato y el Zurdo y les tomaron la retaguardia, al mismo tiempo que el Pipilo, yo y el Aguilucho les salimos al frente con las escopetas prevenidas, gritándoles: párense todos, si no quiren morir á nuestras manos.

A nuestras voces saltaron de sobre las cargas cuatro hombres armados, que ocuparon en el momento los caballos vacíos y se dirigieron contra el Zurdo y el Chato, los cuales recibéndolos con las bocas de sus carabinas, mataron á uno y ellos huyeron como liebres.

Los tres viandantes se echaron sobre nosotros, matándonos al Pipilo en el primer tiro. Yo disparé mi escopeta con mala intencion, pero sólo se logró el tiro en un caballo, que tiré al suelo.

Quando el Aguilucho se vió solo, porque no contaba conmigo para nada, me dijo: ya este no es partido: un compañero han muerto, dos han huido, los contrarios son nueve; huyamos.

Al decir esto, quiso volver la grupa de su caballo; pero no pudo, porque éste se le armó, de modo, que á pesar de que cargábamos y disparábamos aprisa no haciendo daño y lloviendo sobre nosotros los balazos, temíamos nos cogieran con arma blanca, porque se iban acercando á nosotros los tres viandantes á todo trapo, sin tener miedo á nuestras escopetas.

Entónces el Aguilucho se echó á tierra, matando á su caballo de un culatazo que le dió en la cabeza, y al subir á las ancas del mio, le dispararon una bala tan bien dirigida, que le pasó las sienes y cayó muerto.

Casi por mi cuerpo pasó la bala pues me llevó un pedazo de la cotona. La sangre del infeliz Aguilucho salpió mi ropa. Yo no tuve más lugar que decirle: Jesus te valga, y viéndome solo y con tantos enemigos encima, arrimé las espuelas á mi caballo, y eché á huir por aquel camino más ligero que una flecha. La fortuna fué que el caballo era excelente, y corria tanto como yo queria. Esto es que al cuarto de hora ya no veia ni el polvo de mis perseguidores.

Extravié veredas, y aunque pensé ir á dar el triste parte de lo acaecido á las madamas de la casa, no me determiné, ya porque no sabia el camino, y ya porque aunque lo hubiera sabido, temia mucho volver á aquellas desgraciadas guaridas.

Cansado, lleno de miedo, y con el caballo fatigado, me hallé como á las doce del dia en un solo y agradable bosquecillo.

Allí desocupé la silla: aflojé las cinchas al cav

ballo, le quité el freno, le di agua en un arroyo, lo puse á paecer le verde grama: me senté bajo un árbol muy fresco y sombrío, y me entregué á las más serias consideraciones.

No hay duda, decia yo, la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera. La verdadera felicidad en esta vida no consiste, ni puede consistir en otra cosa que en la tranquilidad de espíritu en cualquier fortuna; y esta no la puede conseguir el criminal, por más que pase alegre aquellos ratos en que satisface sus pasiones; pero á esta efímera alegría sucede una languidez intolerable, un fastidio de muchas horas y unos remordimientos continuos: pagando en estos tan largos y gravosos tributos aquel placer mezquino que quizá compró á costa de mil crímenes, sustos y comprometimientos.

Estas son unas verdades concedidas por todo el que reflexione atentamente sobre ellas. Mi padre me las advertia desde muy jóven: el coronel no dejaba de repetírmelas: yo las he leído en los libros y tal vez las he oído en los pulpitos; ¿pero qué más? El mundo, los amigos, mi experiencia han sido unos constantes maestros que no han cesado de recordarme estas lecciones en el discurso de mi vida, á pesar de la ingratitud con que yo he desatendido sus avisos.

El mundo, dije: sí, el mundo, mis malos amigos, los funestos sucesos de mi vida, todo ha conspirado uniformemente á mi desengallo, aunque por distintos rumbos; porque un mundo falaz y novelero, un mal amigo vicioso y lisonjero,

una desgracia que nos acarrea nuestra conducta disipada, y todos los males de la vida son maestros que nos enseñan á reglar nuestras acciones y á mejorar nuestro modo de vivir. Ello es cierto que malos maestros pueden dar buenas lecciones. La infidelidad de un amigo, la perfidia de una mujer, la trácala que nos hizo el lisonjero, los golpes que nos hizo sufrir el agraviado, la prision á que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecemos por nuestro exceso, y otras cosas así, á la verdad que son ingratas á nuestro espíritu y á nuestro cuerpo; pero la experiencia de ellas debía hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raíces.

¿Y qué mejor fruto podíamos sacar de estas dolorosas experiencias, que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? Entónces ya nos guardaríamos de tener amigos indistintamente y sin saber cuáles son las señas del verdadero amigo, nos sabríamos recelar de las mujeres sin fiar nuestro corazon á cualquiera, huiríamos de los lisonjeros como de unas fieras mansas pero traidoras, trataríamos de no agraviar á nadie para no exponernos á recibir los golpes de la venganza, cuidariamos de manejarnos honradamente para no padecer los rigores de las cárceles, enfrenariamos nuestros apetitos sensuales para no lidiar con las enfermedades, y por fin, haríamos por vivir conforme á las leyes divinas y humanas para no volver á experimentar esos trabajos y lograr la verdadera felicidad, que como digo, es el fruto de la buena conciencia.

Esto conseguiríamos si supiéramos aprovechar-

nos de la experiencia; pero la lástima es que no aprendemos por más frecuentes que sean las lecciones.

Dígame yo. ¿Qué de trabajos, qué de desaires, qué de vergüenzas, qué de ingratitudes, qué de golpes, prisiones, sustos, congojas y contratiempos no he pasado! ¿A qué riesgos no me he expuesto, y en qué situación tan deplorable me veo! Yo he tenido que sufrir azotes y reprensiones de los maestros; golpes de toros y caballos; zapatazos, baños de agua hirviendo, amenazas y desvergüenzas de las viejas; deslealtades, burlas y desprecios de los malos amigos, palos de payos, desaires de cortesanos, ingratitudes de parientes, abominaciones de extraños, lanzamientos de los amos, vejaciones de tunos, prisiones de la justicia, ollazos de indios, heridas dadas con razón por casados agraviados por mí, trabajos de hospitales, arañes de coquetas, sustos de muertos y velorios, robos de pícaros y trescientas mil desventuras, que lejos de servirme de escarmiento, no parece sino que las primeras me han sido unos estímulos eficaces para exponerme á las segundas.

¿Qué tengo ya que perder! El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravíos, mi salud arruinada con mis excesos, los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipación, amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan. Mi conciencia se halla agitada por los remordimientos de mis crímenes, no puedo reposar con sosiego y la felicidad tras que corro, parece que es una fan-

tasma aerea que al quererla asir se deshace entre mis manos.

Todo, pues, lo he perdido. No tengo más que la vida y el alma que cuidar. Es lo último que me queda, pero también lo más apreciable.

Dios se interesa en que no me pierda eternamente. ¡Cuántas veces pude haber perdido la vida á manos de los hombres, en poder de los brutos, en medio de la mar y aún á mis propias manos! Innumerables. Hoy pudo haber sido el último de mis días. A mi lado cayó el Pipilo, á otro el Aguilucho, y las balas unas tras otras, cruzaban crujiendo el aire junto de mis orejas; balas que ciertamente se dirigian á mi persona, y balas que me pasaban la muerte por los ojos.

Como aquellos murieron, ¿no pude yo haber muerto! Como hubo balas bien dirigidas para ellos, ¿no pudo haber alguna para mí! Yo me libré de ellas por mi propia virtud y agilidad! Claro es que no. Una mano invisible y Todopoderosa fué la que las desviaba de mi cuerpo con el piadoso fin de que no me perdiera para siempre. ¿Qué méritos tengo contraídos para haberle debido tal cuidado! ¡Oh Dios, yo me avergüenzo al acordarme que toda mi vida ha sido una cadena de crímenes no interrumpida. He corrido por la niñez y la juventud como un loco furioso; atropellando por todos los respetos mas sagrados, y me hallo en la virilidad con mas años y delitos que en la pubertad y adolescencia.

Treinta y tantos años cuento de vida, y de una vida pecaminosa y relajada. Sin embargo, aun no es tarde, aun tengo tiempo para convertirme de

veras y mudar de conducta. Si me entristece lo largo de mi vida relajada, consuélame saber que el Gran Padre de familias es muy liberal y bondadoso, y tanto paga al que entra á la mañana á su viña, como al que comienza á trabajar en ella por la tarde. Esto es hecho, encomendémonos.

Diciendo esto, lleno de temor y compuncion aderecé el caballo, subí en él, y me dirijí al pueblo ó venta de San Martin.

Llegué cerca de las siete de la noche, pedí de cenar y mandé que desensillaran y cuidaran de mi caballo á título de valor, pues no llevaba un real.

Despues que cené, salí á tomar refresco al portalito de la venta, donde estaba otro pasajero en la misma diligencia.

Nos saludamos cortesmente y enredamos la conversasion hasta hacerse familiar, siendo el asunto principal el suceso acaecido aquel dia con los ladrones. Me dijo como habia salido de Puebla y caminaba para Calpulalpam, teniendo que hacer una corta demora en Apam.

Yo le dije que iba para este último pueblo de donde tenia que pasar á Mexico, y así podriamos ir acompañados porque yo tenia mucho recelo de los ladrones.

Se debe tener, me contestó el pasajero, pero con los sustos que han llevado de la semana pasada á esta parte, es regular que no se rehagan tan presto las gavillas. En pocos dias les han pillado seis, han colgado uno, y han quedado tendidos en el campo cuatro. Conque ya ve vd.

que son de menos en su cuenta once, y á este paso los dias son un soplo.

Como yo no habia visto cogera nadie, sabia que los muertos eran dos, y me constaba que apenas éramos cinco, le dije con un aire de duda: dable puede ser eso, pero temo que hayan engañado á vd. porque son muchos los ladrones agotados. No, no me han engañado, dijo él: lo sé bien, sobre que soy teniente de la Acordada, tengo las filiaciones de todos, se sus nombres, los parages por donde roban, las averias que han hecho, y los que han caido hasta hoy; vea vd. si lo sabré ó no.

Frio me quedé cuando le oí decir que era teniente, aunque me consolé al advertir que yo no habia salido mas que á una campaña, y era imposible que nadie me conociera por ladron.

Entónces le dí todo crédito, y le pregunté que ¿por qué rumbos habian cogido á los demás? A lo que me contestó que por entre Otumba y Teotihuacan.

Parlamos largo sobre otras cosas, y á lo último le dije como yo tenia sobrada razon para temer á los ladrones, pues era perseguido de ellos. Vea vd., le decia muy formal, no me han salido esos ladrones, pero anoche se me huyó el mozo con la mula del almofrez y me dejó sin un real, pues se llevó los únicos doscientos pesos que yo llevaba en mi baúl.

¡Qué picardía! Decía el teniente muy compadecido: ya ese pícaro estará con ellos. ¡Como se llama! ¡Qué señas tiene! Yo le dije lo que se me puso, y él escribió con mucha eficacia en un li-

brito de memoria; y así que concluyó nos entramos á acostar.

Me convidó con su cuarto; yo admití y me fué á dormir con él. Luego que vió mis pistolas, se enamoró de ellas y trató de comprármelas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos temiendo no se apareciera su dueño por allí. Ello es que se las dejé y me habilité de dinero sin pensar.

Nos acostamos, y á otro día muy temprano nos pusimos en camino, en el que no ocurrió cosa particular. Llegamos á Apám donde fingí salir á buscar á un amigo, y al día siguiente nos separamos y yo continué mi viaje para México.

Aquella noche dormí en Teotihuacan, donde me informé de como en la semana anterior habían derrotado á los ladrones cogiendo al cabecilla, á quien habían colgado á la salida del pueblo.

Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y á otro día, á las seis de la mañana ensillé, y encomendándome á Dios de corazón, seguí mi marcha.

Como una legua ó poco mas habia andado quando ví afanzado contra un árbol, y sostenido por una estaca, el cadáver de un ajusticiado con su saco blanco, y montera adornada con una cruz de paño rojo que le quedaba en la parte delantera de la cabeza sobre la frente, y las manos amarradas.

Acerqueme á verlo despacio; pero cómo me quedaria cuando advertí y conocí en aquel deformado cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Janua-

riol Los cabellos se me erizaron; la sangre se me enfrió: el corazón me palpitaba recioamente; la lengua se me ahudó en la garganta; mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios iba á caer del caballo abajo en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco á poco de la perturbacion que me oprimia.

En aquel momento me acordé de sus extravíos, de sus d-pravados consejos, ejemplos y máximas infernales: sentí mucho su desgracia, lloré por él, al fin lo traté de amigo y nos criamos juntos; pero tambien lé di á Dios muy cordiales gracias porque me habia separado de su amistad, pues con ella y con mi mala disposicion fijamente hubiera sido ladron como él, y tal vez á aquella hora me sostendria el árbol de enfrente.

Confirmé más y más mis propósitos de mudar de vida, procurando aprovechar desde aquel punto las lecciones del mundo, y sacar fruto de las maldades y adversidades de los hombres; y empapado de estas consideraciones, saqué mi mojarra, y en la corteza del árbol donde estaba Januario, gravé el siguiente:

SONETO. (1)

¡Conque al fin se castigan los delitos,  
Y el crimen siempre su cabeza erguida

1 En el manuscrito que para esta edicion se ha tenido á la vista y de cuya autenticidad no se responde, aunque no faltan datos

No llevará! Januario aunque sin vida,  
Desde ese tronco lo publica á gritos.

¡O, amigo malogrado! Estos distritos  
Salteador te sufrieron y homicida;

Pero una muerte infame y merecida  
Cortó el hilo de excesos tan malditos.

Tú me inculcaste máximas falaces  
Que mil veces seguí con desacierto;

Mas hoy suspenso del dogal deshaces  
Las ilusiones. Tu cadáver yerto

Predica desengaño, y las veraces

Lecciones tomo que me das ya muerto.

Concluíd mi soneto, me fui por mi camino en-  
comendándolo á Dios muy de veras.

Procuré entrar en México de noche, paré en el  
meson de Santo Tomás, cené, y estando paséan-  
dome en el corredor, oí llanto de mujeres en uno  
de los cuartos.

La curiosidad ó la lástima me acercó á la puer-  
ta, y poniéndome á acechar, oí que un viejo de-  
cía: vamos hijas, ya no lloren, no hay remedio,  
¿qué hemos de hacer? La justicia debió hacer su  
oficio, el muchacho dió en maleta desde chico, no  
le valieron mis consejos, mis amenazas, ni mis  
castigos, él dió en que se habia de perder, y por  
fin se salió con ello.

Pero yo lo siento, decia una pobre vieja, al  
fin era mi sobrino. Yo tambien lo siento, decia el  
anciano, y prueba de ello son las diligencias y el  
dinero que he gastado por librarlo; pero no fué

para creerlo del pensador, se halla el soneto corregido del modo  
que ahora se publica.

Del mismo manuscrito se han tomado otras correcciones que se  
advertirán, si se compara esta edicion con las anteriores.—E.

capaz. ¡Válgate Dios por Januario desgraciado!  
He, hija, no llores, mira, nadie sabe que es nues-  
tro pariente, todos lo tienen por huérfano de la  
casa. La pobre Poncianita, ¡cuánto se avergonzará  
de este sucesos! Pero al fin ya la muchacha es  
monja, y aunque se supiera su parentesco, monja  
se habia de quedar: encomiéndalo á Dios, y acos-  
témonos para irnos muy de mañana.

Acabaron de hablar mis vecinos, y á mí no me  
quedó duda en que eran D. Martín y su esposa.  
Yo me fui á recoger, y á otro dia madrugué para  
hablarles, lo que conseguí con disimulo, conocién-  
dolos bien y sin darles á conocer de ellos. Supe  
que habian venido de la hacienda y se iban á es-  
tablecer á Tierra Adentro. Me despedí de sus  
buenas personas, de las que ya no he sabido. Es  
regular que hayan muerto, porque las pesadum-  
bres, las enfermedades y los muchos años no pue-  
den acarrear sino la muerte.

Fuime á misa bien temprano: volví á desayu-  
narme, y no salí en todo el dia, ocupándome en  
hacer las más serias reflexiones sobre mi vida pa-  
sada, y en afirmar los propósitos que habia hecho  
de enmendar la venidera.

Una de las cosas por donde conocí que aquel  
propósito era firme y no como los anteriores, fué  
que pudiendo sacar algun dinero del caballo,  
manga, sombrero, sable y espuelas, pues todo era  
bueno y de valor, no me determiné, no sólo te-  
meroso de que me conocieran alguna pieza, cómo  
me conocieron en otro tiempo la capa del Dr.  
Purgante, sino escrupulizando justamente porque

aquello no era mio, y por tanto no podia ni debia enagenarlo.

Propuse, pues, conservar aquellos muebles hasta entregárselos al confesor, con intencion de pagar las pistolas que vendí, siempre que Dios me diera con qué, y supiera de su dueño.

Con esta determinacion me salí cerca del anochecer á dar una vuelta por las calles sin destino fijo. Pasé por el templo de la Profesa, que estaba abierto: me entré á él con ánimo de rezar una estacion y salirme.

Estaban puntualmente leyendo los puntos de meditacion: me encomendé á Dios aquel rato lo mejor que pude, y oí el sermón que predicó un sacerdote harto sabio. Su asunto fué sobre la infelicidad de los que desprecian los últimos auxilios, y la incertidumbre que tenemos de saber cuál es el último. Concluyó el orador probando que jamás faltan auxilios, y que debemos aprovecharnos de ellos, temiendo no sea alguno el último, y despreciándolo, ó nos corte Dios los pasos cerrando la medida de nuestros crímenes, ó nos endurezca el corazón cayendo en la impenitencia final.

¡Pero con qué espíritu y energía esforzaba el orador estas verdades! La mayor desgracia, decía lleno de un santo zelo, la mayor desgracia que puede acaecer al hombre en esta vida es la impenitencia final. En tan infeliz estado los cielos ó los infiernos abiertos serian para el impenitente objetos de la más fría indiferencia. Su empedernido orazon no seria susceptible del amor á Dios, ni del temor de la eternidad, y cierto en que hay

premios y castigos perdurables, ni aspiraria á los unos, ni procuraria libertarse de los otros.

Llovian sobre Faraon y el Egipto las plagas: los castigos eran frecuentes, y Faraon peraevertaba en su ciega obstinacion, porque «su corazón se habia endurecido,» como nos dicen las sagradas letras: *induratum est cor Faraonis*. Por tanto, oyentes míos, «si alguno de vosotros ha oído hoy la voz del Señor no quiera endurecer su corazón:» si se siente inspirado por algun auxilio, no debe despreciarlo ni dilatar su conversion para mañana, pues no sabe si despreciando este auxilio ya no habrá otro y se endurecerá su corazón. «*Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra,*» nos dice el santo rey profeta. Hoy, pues, en este mismo instante debemos abrir el corazón, si toca á él la gracia del Señor: hoy debemos responder á su voz si nos llama, sin esperar á mañana, porque no sabemos si mañana viviremos, y porque no sea que cuando querramos implorar la misericordia de Dios, su Magestad nos desconozca como á las vírgenes necias, y siendo inútiles nuestras diligencias se cumpla en nosotros aquel terrible anatema con que el mismo Señor amenaza á los obstinados pecadores. «Os llamé, les dice, os llamé y no me oisteis: toqué vuestro corazón y no me lo franqueasteis: yo tambien á la hora de vuestra muerte me reiré y me burlaré e vuestros ruegos.»

Por semejante estilo fué el sermón que oí, y que me llenó de tal pavor, que luego que el padre bajó del púlpito, me entré tras él, y le supliqué que me oyera dos palabras de penitencia,

El buen sacerdote condescendió á mi súplica con la mayor dulzura y caridad: y luego que se informó de mi vida en compendio, y se satisfizo de que era verdadero mi propósito, me emplazó para el día siguiente á las cinco y media de la mañana; hora en que acababa de decir la misa de prima: previniéndome que lo esperara en aquel mismo lugar, que era un rincón oscuro de la sacristía. Quedamos en eso, y me fui al meson más consolado.

Al día siguiente me levanté temprano: oí su misa y lo esperé donde me dijo.

No me quiso confesar entónces, porque me dijo que era necesario que hiciera una confesion general: que tenia una bella ocasion que aprovechar si queria, pues en esa tarde se comenzaba la tanda de ejercicios, los que él habia de dar, y tenia proporcion de que yo entrara si queria.

Y cómo que quiero, padre, le dije: sí, á eso aspiro, á hacer una buena confesion. Pues bien, me contestó: disponga usted sus cosas, y á la tarde venga: dígame su nombre al padre portero y no se meta en más.

Dicho esto se levantó, y yo me retiré más contento que la noche anterior; aunque no dejó de admirarme lo que me dijo el confesor de que dijera mi nombre en la portería, pues él no me lo habia preguntado.

No obstante, no me metí en averiguaciones. Llegué al meson: comí á la hora regular: pagué lo que debia: encargué mi caballo, dejando para su comida, y á las tres mi fui para la Casa Profesa.

## CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta cómo entró á ejercicios en la Profesa, su encuentro con Roque, quién fué su confesor, los favores que le debió, no siendo entre estos el menor haberlo acomodado en una tienda.

Inmediatamente que llegué á la portería de la Profesa, di el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre: lo dije, entónces vió un papel y me dijo, está bien, que metan su cama de vd. Ya está aquí, le dije: la traigo á cuestras.—Pues entre vd.

Entré con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: este es el cuarto de usted y el señor, su compañero. Diciendo esto se fué, y yo luego que le iba á hablar al compañero conocí que era el pobre Roque mi condiscípulo, amigo y fámulo antiguo. El tambien me conoció, y despues que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me admiré mucho de los suyos, porque como él no habia sido tan extraviado como